

Víctimas: Llorenç Vaquer Garcia, Bartomeu Vaquer Julià y Pere Camps Gomila  
Autoría: Maria Antònia Moreno Vaquer y Maria Moreno Portell

Verdean aún aquellos campos  
y duran aquellas arboledas  
y sobre el mismo azur  
se recortan mis montañas.  
Allí las piedras invocan siempre  
la lluvia difícil, la lluvia azul  
que viene de ti, cadena clara,  
¡sierra, placer, claridad mía!  
¡Soy avaro de la luz que me queda en los ojos  
y que me hace temblar cuando te recuerdo!  
Ahora los jardines están allí como músicas  
y me turban, me fatigan como en un tedio lento.  
El corazón del otoño ya se marchita,  
concertado con humaredas delicadas.  
Y las hierbas se queman en colinas  
de cacería, entre sueños de septiembre  
y nieblas entintadas de anochecer.  
Toda mi vida se liga a ti,  
como en la noche las llamas a la oscuridad.

Traducción del poema «A Mallorca, durant la Guerra Civil», de Bartomeu Rosselló-Pòrcel (1913-1938)

Y así podría decir, querido abuelo Llorenç, que es. Mi vida se liga a ti, al recuerdo de un hombre de bien a quien un 18 de julio de 1936 le rompieron los sueños y las esperanzas de conseguir un mundo mejor, donde las personas pudieran llegar a vivir con dignidad.

No fue posible. De repente, una sombra negra y maligna se interpuso entre tus sueños y el camino que tú y otras muchas personas, miles y miles de ellas, habíais emprendido para conseguirlo al amparo de la República ganada dignamente en las urnas. La misma República que tomó como maldición un militar sin escrúpulos con la colaboración de otros militares, Falange, Iglesia católica y otros pelotones, que no dudaron en romper la democracia en mil pedazos con un golpe de estado, y trajeron el país a la oscuridad de una cruel y despiadada dictadura. El golpista Franco y sus pelotones sembraron aquellos



campos de sueños de sufrimiento, miseria, muerte y miedo, mucho miedo, que permaneció a lo largo de cuarenta años hasta la muerte del golpista y dictador.

Querido abuelito Llorenç, cuánto dolor soportó tu cuerpo bajo los porrazos que te dieron en el Tribunal Militar, donde te juzgaron, hasta Can Mir. Quedaron de por vida grabados en tu cuerpo, a la espera de que te llevasen a Formentera, campo de tránsito, donde permaneciste un buen puñado de meses hasta que de allí te llevaron a Madrid para cumplir la condena de destierro a 100 km de Ciutat; en Mallorca no hay ningún pueblo a esta distancia desde Cort.

En Madrid no te esperaba mejor vida ni tratamiento: muchos años de añoranzas de tu familia, lágrimas de rabia y desolación salían de tus ojos azules rodando hacia el infinito.

Es difícil de entender que tu gran pecado, por el que los fascistas te condenaron, era estar afiliado al Partido Socialista Obrero Español y a la Unión General de Trabajadores; esto no lo pone la sentencia, pone otras palabras groseras e inventadas por todo aquel enjambre de malas almas que te juzgaron y te condenaron por haber incitado a la revuelta y los disturbios. Así, con esta etiqueta, viviste hasta tu muerte; un rojo que había estado encerrado en prisión, y te señalaban a ti y a toda tu familia. Volviste del destierro unos pocos años antes de que tu hija, mi madre, se casara.

Recuerdo, siendo muy pequeña, una vez que vino una pareja de guardias civiles para llevarte a Gobernación. El motivo no era otro que tenía que venir Franco a hacer una inauguración. Vi tras los cristales como ibas en medio de aquellos dos hombres, yo lloraba y preguntaba por qué habían venido a buscarte. La abuela también lloraba mucho y decía: «Ya no volverá, ya no volverá, será como antes». Mis llantos hicieron que mi madre, tu hija, me arropase de una manera que solo una madre que ha sufrido la ausencia del padre a lo largo de la propia infancia sabe hacer. Me dijo que aquellos hombres se llevaban al abuelo porque era un hombre importante y lo tenían que acompañar. Supo poner color a un hecho desolador.

Mi familia, como otras muchas familias de rojos, tuvo que aprender a vivir de rodillas y cabizbaja, sabiendo usar la discreción. No en balde, quién había denunciado a mi abuelo era un vecino de la misma calle y aquel hecho le sirvió para ser el alcalde pedáneo de Son Roca desde que acabó la Guerra Civil hasta muy entrada la democracia, una vez muerto el dictador (1975).

Mi abuelo, Llorenç Vaquer Garcia, fue represaliado y no fue la única víctima del fascismo en la familia: dos tíos abuelos fueron asesinados en 1936.



Pedro Camps, marido de Francisca Barceló, hermana de la abuela, fue sacado de la cama una madrugada para ser fusilado en el cementerio de Ciutat; no fue rematado, fue encontrado en la poza de Sa Riera a la altura del Secar de la Real por la tía Francisca y mi bisabuelo. Su cuerpo reposa en el cementerio de Sa Vileta, en la tumba familiar. Fue sacado de su casa por dos matones de Sa Vileta. La tía Francisca, su mujer, en 1940 fue a vivir a Tánger y volvió a Mallorca a finales de los años 50.

Bartomeu Vaquer Julià, hermanastro del abuelo, fue detenido en Porreres y asesinado el 15 de agosto de 1936, supuestamente en Manacor. A día de hoy es un desaparecido involuntario. Esperamos que en una de las aperturas de fosas aparezcan sus restos mortuorios. Dejó viuda y una hija pequeña, la tita Jerònia, finada hace un año y que murió sin haber podido encontrar a su padre.

El dolor y la tristeza que hemos tenido y con los que tenemos que vivir las familias solo pueden ser reparados con el estricto cumplimiento de la Ley de memoria histórica, por la que continuaremos llevando a cabo todos los esfuerzos que hagan falta para hacerla cumplir. La muerte y el sufrimiento de aquellas personas que dedicaron y dieron su vida en defensa de los valores de la República solo quedaran paliados con la restitución del honor y la dignidad de todas ellas.

Honor y gloria para todas las personas que lucharon y dieron la vida para hacer del mundo un lugar más digno con libertad, justicia y hermandad. Su recuerdo es nuestra fuerza para seguir adelante.

Verdad, justicia y reparación.

Maria Antònia Moreno Vaquer y Maria Moreno Portillo,  
nieta y bisnieta de Llorenç Vaquer Garcia